

## Activismo

Es necesario insistir sobre el vocablo. Como ciertas infecciones de la sangre, que son causa de multitud de enfermedades, no excluidas las curables en el manicomio, el activismo es una enfermedad del movimiento obrero que requiere tratamiento continuo. El activismo pretende tener siempre un conocimiento exacto de las circunstancias de la lucha política, de estar «a la altura de la situación», pero es incapaz de realizar una valoración realista de las relaciones de fuerza, exagerando enormemente las posibilidades de los factores subjetivos de la lucha de clase.

Es pues natural que los afectados por el activismo reaccionen contra la crítica acusando a los adversarios de subvalorar los factores subjetivos de la lucha de clase y de reducir el determinismo histórico a aquel mecanismo automático, que constituye además el ordinario argumento de la crítica burguesa del marxismo. Por eso hemos dicho en el punto 2 de la parte IV de la «Base para la organización»:

«En la justa acepción del determinismo histórico se considera que mientras el desarrollo del modo capitalista de producción en los países individualmente y como difusión en toda la tierra procede sin descanso, o casi en el aspecto técnico, económico y social, las alternativas, por el contrario, de las fuerzas de clase en contraposición, se enlazan a las vicisitudes de la lucha histórica general, a las batallas vencidas y perdidas, y a los errores de método estratégico».

Esto equivale a decir que nosotros sostenemos que la fase de reanudación del movimiento obrero revolucionario no coincide únicamente con los impulsos provenientes de las contradicciones del desarrollo material, económico y social de la sociedad burguesa, la que puede atravesar períodos de gravísimas crisis, de contrastes violentos, de colapsos políticos, sin que por esto el movimiento obrero se radicalice sobre extremas posiciones revolucionarias. Es decir, no existe automatismo en el campo de las relaciones entre economía capitalista y partido proletario revolucionario.

Puede suceder, como sucede actualmente, que el mundo económico y social burgués esté envuelto por formidables sacudidas que dan lugar a violentos contrastes, sin que por esto el partido revolucionario tenga posibilidades de acrecentar su actividad, sin que las masas sometidas a la explotación más atroz y en la matanza fratricida consigan desenmascarar a los agentes oportunistas, que ligan su suerte a las contiendas del imperialismo, sin que la contrarrevolución afloje su férreo control sobre la clase dominada, sobre las masas de los desposeídos.

Diciendo: «Existe una situación objetivamente revolucionaria, pero es deficiente el elemento subjetivo de la lucha de clase, el partido revolucionario», se equívoca en todo momento el proceso histórico, siendo una grosera falta de sentido, un absurdo patente.

Es verdad por el contrario que en cualquier oleada, incluso la más peligrosa de la existencia de la dominación burguesa, incluso cuando parece que todo se para y que se dirige a su final, a su ruina (la máquina estatal, la jerarquía social, el despliegue político burgués, los sindicatos, la máquina propagandista la situación no será nunca revolucionaria, sino que será a todos los efectos contra revolucionaria, si el partido revolucionario de clase fuera deficitario, mal desarrollado, teóricamente tambaleante.

Una situación de crisis profunda de la sociedad burguesa es susceptible de desembocar en un movimiento de subversión revolucionario, cuando «los estratos superiores no pueden vivir a la antigua usanza, y los estratos inferiores no quieren vivir a la antigua usanza» (Lenin, «El Extremismo»), es decir cuando la clase dirigente no consigue ya hacer funcionar el propio mecanismo de represión, y la mayoría de los trabajadores haya «comprendido plenamente la necesidad de la revolución».

Pero semejante conciencia de los trabajadores no puede expresarse más que en el partido de clase, que en definitiva es el factor determinante de la transformación de la crisis burguesa en catástrofe revolucionaria de toda la sociedad.

Es necesario pues, para que la sociedad salga del «mare magnum» en el que ha caído, y que la clase dominante es incapaz de sanear, porque es incapaz de descubrir las nuevas formas apropiadas para liberar las fuerzas productivas y encaminarlas hacia nuevos desarrollos, que exista un órgano de pensamiento y de acción revolucionaria colectivo que canalice e ilumine la voluntad subversiva de las masas.

El «no querer vivir a la antigua usanza» de las masas, la voluntad de luchar, el impulso a actuar contra el enemigo de clase, presuponen, en el ámbito de la vanguardia proletaria llamada a desarrollar la función de guía de las masas revolucionarias, la cristalización de una sólida teoría revolucionaria.

En el partido la conciencia precede a la acción, contrariamente a cuanto acontece en las masas y en los individuos.

Pero si se dicen estas cosas no nuevas, no actualizadas, ¿es porque se intenta cambiar al partido revolucionario por un cenáculo de estudiosos, de observadores teóricos de la realidad social? Jamás de los jamases. En la parte IV punto 7 de la «Base para la organización» 1952, se dice:

«El partido si bien poco numeroso y poco ligado a la masa del proletariado, si bien siempre celoso de la tarea teórica como tarea de primer plano, rechaza absolutamente ser considerado un cenáculo de pensadores y de simples estudiosos en busca de nuevas verdades, porque hayan perdido la verdad anterior considerándola insuficiente...».

No puede ser más claro!

A la transformación de la crisis burguesa en guerra de clase y en revolución presupone el desmoronamiento objetivo del andamiaje social y político del capitalismo, pero no puede darse ni siquiera potencialmente si la mojaría de los trabajadores no es conquistada o influenciada por la teoría revolucionaria encamada en el partido, teoría que no se improvisa en las barricadas. ¿Pero se destila quizás en los cerrados gabinetes de trabajo de estudiosos desligados de las masas?

A ésta estúpida acusación promovida por los energúmenos del activismo, se responde muy bien diciendo, que el infatigable y asiduo trabajo de defensa del patrimonio doctrinario y crítico del movimiento, la cotidiana fatiga de inmunización del movimiento contra los venenos del revisionismo, la explicación sistemática, a la luz del marxismo, de las más recientes formas de organización de la producción capitalista, el desenmascaramiento de las tentativas del oportunismo de presentar tales «innovaciones» como medidas anticapitalistas, etc., todo esto es lucha, lucha contra el enemigo de clase, lucha para educar a la vanguardia revolucionaria, es si queréis, lucha activa, y sin embargo no activista.

¿Creéis vosotros seriamente que (mientras toda la gigantesca máquina burguesa está comprometida de la mañana a la noche no tanto, poned atención, a refutar la tesis revolucionaria, cuanto a demostrar que a las reivindicaciones socialistas se pueda llegar marchando contra Marx y contra Lenin, y cuando no sólo partidos políticos si no también gobiernos constituidos juran gobernar, es decir, oprimir a las masas, en nombre del comunismo) el áspero y fatigoso trabajo de restauración crítica de la teoría revolucionaria marxista, sea solamente un trabajo teórico?

¿Quién osaría decir que no es también un trabajo político, una lucha activa contra el enemigo de clase? Sólo quien esta poseído por demonios de la acción activista puede pensarlo.

El movimiento aunque sea pobre de efectivos, que trabaja en el periódico, en reuniones, en discusiones de fábrica, para liberar la teoría revolucionaria de las inauditas

adulteraciones, de las contaminaciones oportunistas, cumple con esto un trabajo revolucionario, trabajo para la revolución proletaria.

No se puede decir en absoluto que nosotros concibamos la tarea del partido como una «lucha de ideas».

El totalitarismo, el capitalismo de Estado, el hundimiento de la revolución socialista en Rusia, no son «ideas» a las que nosotros contraponemos las nuestras: son fenómenos históricos reales, que han despedazado los riñones del movimiento proletario conduciéndolo sobre el terreno minado del partisanismo antifascista, filo fascista, de la unión nacional, del pacifismo, etc...

Aquellos que, aunque sea en número restringido y fuera de clamores de la «gran política», conduzcan un trabajo de interpretación marxista de estos fenómenos reales, y de confirmación de las previsiones marxistas, no obstante ellos (y nos parece que un tratamiento serio de estos problemas no exista fuera de las fundamentales exposiciones de nuestro «Prometeo», en particular del estudio «Propiedad y Capital») seguramente hacen un trabajo revolucionario, porque fijan desde ahora el itinerario y el punto de llegada de la revolución proletaria.

La reanudación del movimiento revolucionario no necesita, para realizarse, de la crisis del sistema capitalista, en cuanto eventualidad potencial; la crisis del modo de producción capitalista es una realidad, la burguesía ha experimentado todas las fases posibles de su curso histórico, el capitalismo de Estado y el imperialismo son el límite extremo de su evolución, pero las contradicciones fundamentales del sistema permanecen y se agudizan. La crisis del capitalismo no se transforma en crisis revolucionaria de la sociedad, en guerra de clase revolucionaria, la contrarrevolución sigue triunfante aunque aumenta el caos capitalista, porque el movimiento obrero está todavía aplastado bajo el peso de las derrotas sufridas en treinta años por los errores de método estratégico cometidos por los partidos comunistas de la Tercera Internacional, errores que han conducido al proletariado a considerar suyas las armas de la contrarrevolución.

La reanudación del movimiento revolucionario no se verifica aún porque la burguesía, poniendo en práctica audaces reformas en la organización de la producción y del Estado (capitalismo de Estado, totalitarismo, etc.) ha sacudido enormemente, sembrando la duda y la confusión, no las bases teóricas y críticas del marxismo, que permanecen intactas e intocables, sino más bien la capacidad de las vanguardias proletarias para aplicarlas justamente en la interpretación de la actual fase burguesa.

En tales condiciones de extravío teórico, el trabajo de restauración del marxismo contra las deformaciones oportunistas, ¿es un mero trabajo intelectual?

No, es lucha sustancial y activa consecuente contra el enemigo de clase.

El activismo fanfarrón pretende hacer girar la rueda de la historia con giros de vals moviendo el culo sobre la sinfonía electoral.

Es una enfermedad infantil del comunismo, pero fermenta maravillosamente incluso en el asilo, donde vegetan los., jubilados del movimiento obrero.

Requiescant in pace... por encanto para marchar como una división de tanques, en cuanto sean enviados a la conquista de los organismos de fábricas nuestros grupos, para contar nuestros efectivos de verdad que no hace falta la calculadora electrónica, pretenden, haciendo reír a los pollos y a los patos, que los bloques imperialistas son idénticos en peso, forma y color como igualmente viriles, y con esta bravura agotan el tan decantado análisis de la situación, que niegan a los demás saber hacer; se reblandecen finalmente en las mórbidas tentaciones que sobre viejas nalgas suscita la poltrona parlamentaria o asesoral...

Todos los salmos activistas terminan en la gloria electoral. En la fecha de 1917, vivimos el puerco fin de los superactivistas de la socialdemocracia: en decenios de actividad

empleados por entero en la conquista de sillones parlamentarios, de jurados mixtos sindicales, de influencias políticas que dieron un espectáculo de imparable activismo. Pero cuando sonó la hora de la insurrección armada contra el capitalismo se vio que sólo consiguió hacerlo el partido que menos «había trabajado entre las grandes masas» durante los años de preparación, que más que todos había trabajado en la puesta a punto de la teoría marxista. Se vio entonces que quien poseía una sólida preparación teórica marchaba contra el enemigo de clase, mientras quien tenía un «glorioso» patrimonio de luchas se atragantaba vergonzosamente y se pasaba al enemigo. Vaya que si conocemos a los maniáticos del activismo. Ante su presencia los charlatanes de feria son gentil-hombres. Por esto sostenemos que existe un sólo medio para salvarse de su contagio: el clásico puntapié en el trasero.